

DOCUMENTOS.-

La Juventud Ante Batalla de La Concepción

Con motivo de conmemorarse un nuevo aniversario de la Batalla de La Concepción, el secretario ejecutivo Nacional de la Juventud, Cristián Valdés, pronunció la alocución que reproducimos a continuación:

"Durante los días 9 y 10 de julio, Chile celebró un nuevo aniversario de uno de los episodios de mayor heroísmo que registra la Historia Universal. Episodio que fue protagonizado por un grupo de jóvenes chilenos, para orgullo y ejemplo de todas las generaciones juveniles que han venido después y que vendrán hacia el futuro.

La Historia conoce el hecho como el Combate de La Concepción, pero más que un combate, se trata de una gesta comparable en heroísmo a las Termópilas, que ha emocionado al mundo a lo largo de los siglos.

En efecto, la ocupación de Lima por los ejércitos chilenos no significó el término de la Guerra del Pacífico. La victoria hubo de afianzarse en larga y dura lucha en la sierra peruana, donde el combate contra las monteras se hizo incesante y donde el peligro para nuestros compatriotas fue permanente.

En 1882, La Concepción no era más que un caserío. Cuatro manzanas rodeando una plaza, en la cual uno de los edificios había sido elegido como cuartel por la Compañía Chilena del Chacabuco que custodiaba el lugar. Esta comprendía un total de 77 hombres en combate, todos jóvenes, cuya edad promedio no sobrepasaba los veinte años, al mando del teniente Ignacio Carrera Pinto, recién ascendido a capitán sin que hubiese alcanzado a saberlo. Los otros tres oficiales, subtenientes Julio Montt, Luis Cruz Martínez y Arturo Pérez Canto, tenían apenas entre 17 y 20 años de edad. Acompañaban a la Compañía tres mujeres chilenas que seguían a sus hombres.

Poco después del mediodía del 9 de julio, desde los cerros se inició el ataque de los peruanos, que en fuerzas regulares, eran cinco veces más numerosos que los chilenos.

Y allí comenzó la defensa desesperada de la Plaza, aprovechando al máximo los cien tiros que tenía cada uno. Hacia el ocaso, se congregaron en el cuartel, defendiendo gallarda y exitosamente el portón durante toda la noche. Aún sabiendo que toda ayuda era imposible, se propusieron resistir hasta el final, movidos por esa convicción que poseen los hombres que luchan por causas nobles.

Al despuntar el alba del 10 de julio, desde una torre contigua, los peruanos incendiaron el cuartel, al paso que los chilenos caían uno a uno, desoyendo las insinuaciones de rendirse a viva voz que se les hacía.

Después de 20 horas de lucha, alrededor de las 9 de la mañana del 10 de julio, sólo quedaban con vida el subteniente Cruz y cuatro soldados, además de las tres mujeres, una de las cuales había dado a luz en pleno combate. Nuevamente se les intimó rendición, pero el subteniente Cruz respondió con palabras que quedaron grabadas en los anales de la Historia y con el coraje de soldado y de joven patriota: "¡Los chilenos no se rinden!" y embistió a bayoneta limpia junto a los demás hombres, contra una masa enfurecida a manos de la cual perecieron entre las balas y las lanzas indígenas. Las mujeres chilenas ayudaron con igual valentía en el combate, y muerto el último de nuestros soldados, fueron ferocemente asesinadas.

Nos emociona el recordar una epopeya que ha quedado grabada como el máximo símbolo patriótico de la juventud chilena, entre la cual no podía faltar la presencia del valor indomable de las mujeres de esta tierra.



Murieron todos, pero ese día y a modo de relámpago sublime, sobre su sangre quedó grabado para siempre el compromiso supremo de cada joven chileno para con la Patria que ama.

Al igual que en Iquique, nuestra enseña no fue arriada, y fue rescatada por otros chilenos que llegaron al día siguiente del combate, pasando así a convertirse el 9 de julio en el día de la Bandera Nacional.

Y vale la pena destacar que es un signo del aprecio del chileno por el heroísmo y el coraje el hecho de que, habiendo ganado nuestro país todas las guerras en que ha participado, el alma nacional se siente más profundamente interpretada por los sacrificios humanos que encierran la gloria del honor, como el Combate Naval de Iquique o la Epopeya de La Concepción, que por los numerosos y brillantes triunfos obtenidos por nuestras armas. Acaso se deba a que dentro de nuestro pecho late la convicción de que la victoria jamás se alcanza sin fe en los valores eternos del espíritu: sin esa fe que es capaz de entregar la vida serena y conscientemente, porque al final el patriotismo se mide en los latidos del corazón. Pero ni el abordaje de Prat ni el holocausto de los 77 héroes de La Concepción respondieron a meros impulsos: surgieron de una convicción muy honda, de un vibrante amor a Chile que hasta hoy se proyecta.

Sí. Hace sólo algunos meses nuestro país culminó una larga batalla de casi tres años: contra el intento de una doctrina extranjera y nefasta por someter para siempre a nuestro pueblo. Con la colaboración consciente de algunos malos chilenos, y el respaldo de muchos engañados a traición, intentaron apoderarse de nuestra Nación. Pero una vez más Chile demostró su valor para defender la Patria y la libertad amenazadas. Nuevamente

emergió el coraje inigualado de la mujer chilena, y la decidida acción de la juventud volvió también a estar presente. Hasta que el 11 de septiembre las Fuerzas Armadas alcanzaron la victoria, fundiendo —como en La Concepción— la esencia de la Patria con el idealismo juvenil de la mayor parte de sus integrantes.

Porque las Fuerzas Armadas son eso: fusión de la más legítima y arraigada tradición de la República, con la capacidad creadora y generosa de Instituciones que siempre han trabajado por y para nuevas juventudes.

Hoy, gracias al 11 de septiembre, los jóvenes chilenos podemos volver a colocar en el lugar predilecto de nuestra admiración y de guías de nuestro camino a esos jóvenes como nosotros que inmolaron su vida en La Concepción.

Atrás ha quedado el intento de reemplazar sus figuras por ideólogos y guerrilleros extranjeros de la destrucción, la utopía y el odio. Nuevamente emergen nuestros legítimos héroes, señalándonos el camino de servicio a Chile, que la Reconstrucción Nacional hoy demanda a nuestros jóvenes y que debe ser lo suficientemente fuerte como para orientar nuestra vida en función del cumplimiento anónimo y abnegado para con la Patria.

Pero no podría terminar mis palabras sin insistir en el más profundo significado de la epopeya de La Concepción. Por amor a Chile, 77 jóvenes chilenos dieron su vida sellando así definitivamente el compromiso de la juventud con nuestra Patria.

Para que todos lo escuchen: así se juega la juventud cuando se pone en sus manos la responsabilidad de la Patria amada. Así lo está haciendo hoy día frente a la tarea de la Reconstrucción y así lo hará para siempre cada vez que Dios y la Patria se lo pidan.